



**Martin Kessel**  
**El fiasco del señor Brecher**  
Traducción de Daniel Najmías  
Acatilado, Barcelona, 2008

Manuel Arranz

La mayoría de los hombres que saben lo que quieren de la vida, que son una minoría, sólo desean dos cosas: mujeres y caviar. No todos lo reconocen, claro está, e incluso algunos cambiarían el caviar por alguna otra fantasía como el fútbol, que tantos aficionados tiene hoy en la literatura. Pero no vale. O mujeres y caviar, u olvídense de entrar en el selecto club. Esto no es sólo una digresión, es una forma, quizás no la mejor, de empezar a hablar de esa novela grande, ambiciosa y contundente que es *El fiasco del señor Brecher*, publicada en 1932 y traducida por vez primera al castellano. Y el año ya es una pista, porque en aquella década se escribieron muchas de las mejores novelas europeas del siglo XX, que no fueron precisamente bien recibidas. Más tarde supimos por qué.

Europa, en aquella década profunda, se había recuperado ya del cataclismo de la primera guerra. Las grandes ciudades eran más grandes que nunca, las bocas de metro vomitaban gente, las mujeres cruzaban la calle con zapatos de tacón y medias de seda, los hombres leían los periódicos y fumaban en las terrazas, a un direc-

Publicada en 1932 y traducida ahora por primera vez al castellano, la novela de Martin Kessel recrea con una ironía envolvente la atmósfera, «la minuciosa carcoma de la vida cotidiana» del Berlín inmediatamente anterior al ascenso del nazismo.

## Un fantasma recorre Europa

tor general le daba un infarto en su despacho de la última planta, y una secretaria poco agraciada abría la espita de gas. En las oficinas se murmuraba, en las calles se robaba, en las fiestas se bebía, en una palabra, no pasaba nada digno de mención en el mundo. Las cosas dignas de mención pasarían poco después ante la sorprendente mirada de algunos. Esta es la atmósfera que Martin Kessel recrea magistralmente en su novela, «la minuciosa carcoma de la vida cotidiana», un proceso de descomposición que se confunde generalmente con el proceso de crecimiento.

La reflexión sobre las mujeres y el caviar no es una broma privada, es un deseo secreto, ¿lícito?, ¿ilícito?, ¿dónde está la frontera?, de uno de los personajes de esta soberbia novela, repleta por lo demás de reflexiones que parecen bromas y de bromas que parecen reflexiones. Hoy algunas de esas reflexiones que atribulan a los personajes —«Hace tiempo que me atribula ver que la mejor publicidad puede hacerse tanto para una cosa buena como para una mala»— ya no atribulan a nadie, porque casi nadie conoce la diferencia entre una cosa buena y una cosa mala, y casi nadie se atribula ya por nada. Incluso es posible que haya personas que no sepan lo que significa la palabra. Son otras leyes las que rigen este siglo, dice la «dulce y pecaminosa Thea». Otras leyes las que rigen el siglo de la velocidad, el siglo de la ciencia, el siglo del arte popular, el siglo del deporte, el siglo de las mujeres, el siglo de la neurastenia, pero sobre todo, el siglo de la publicidad. Demasiadas cosas



LAND BERLIN

ESCRITOR. Martin Kessel (Plauen, Vogtland, 1901-Berlín, 1990).

quizás para un solo siglo que no toma decisiones, que deja que todo se pudra, un siglo sin convicciones, que se engaña con utopías en las que no cree, en definitiva, un siglo en el que todo acabó siendo un fiasco, porque todo empezó siendo un fiasco.

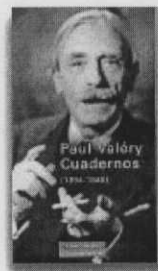
Hay novelas, algunas magníficas, que sin que se sepa muy bien por qué, envejecen muy pronto y se convierten en literatura, para uso casi exclusivo de los amantes de la literatura. Otras en cambio, *El fiasco del señor Brecher* es una de ellas, parece que no van a envejecer nunca. Supongo que el secreto, pues siempre es un misterio el por qué unas obras siguen conservando toda su fuerza, e incluso la aumentan con el paso del tiempo, mientras que otras se desinfla, reside en la gran penetración de Martin Kessel, en su ojo clínico si me permiten la expresión, que supo no sólo hacer un preciso diagnóstico de su época, sino acertar de paso con el pronóstico de la nuestra. No es fácil manejar un material tan delicado e inflamable como son los deseos insatisfechos, las frustraciones disfrazadas, las pasiones inconfesables, o las fidelidades traicionadas. Todos esos motivos, tan comunes a la mayoría de las novelas de todos los tiempos, Kessel los trata con una ironía tan sutil y envolvente, sus personajes son tan verosímiles y absurdos, la composición tan estudiada... En definitiva, una sólida, contundente y ambiciosa novela en la que el lector va a encontrarse con muchas situaciones y comportamientos familiares. Incluso, con un poco de suerte, hasta con el suyo propio. Pero, ¿será capaz de reconocerlo?

## Una gimnasia de la mente

M. A. Después de dos o tres horas de ejercicio mental parece que resulta más fácil afrontar un día de trabajo, se está mejor preparado, más inmune quizás a la estupidez ambiental, no sabría decirles. «Autodiscusión infinita», es la segunda anotación que aparece en los *Cuadernos* de Paul Valéry, recientemente traducidos (una selección). La primera es: «Aquí no me propongo agradar a nadie». Pues bien, ese es su espíritu. Una autodiscusión infinita que no se propone agradar a nadie. ¿Y su forma? «Ensayos, Bocetos, Estudios, Esbozos, Borradores, Ejercicios, Tanteos». Sobre todo tanteos. Nada definitivo. Vámos, como la vida misma. Para Valéry estos tanteos eran una especie de gimnasia de la mente. De 5 a 7 de la mañana, antes de hacer frente a su jornada laboral, hacía sus ejercicios mentales. En esas horas, las mejores sin duda del día, la mente está descansada, nada la distrae y puede concen-

trarse en sí misma. Kant también se levantaba temprano para pensar. Pero a Valéry, que tanto le gustaba pensar, no le gustaba en cambio recordar, esa otra actividad de la mente que tanto tiene que ver con pensar que en ocasiones se confunden. No le gustaba recordar ni su infancia, ni su juventud, ni siquiera lo que había comido el día anterior. Tampoco le gustaba hablar de sexo y por eso Freud le parecía un cantamañanas. El desinterés tanto por la memoria como por el sexo él lo consideraba un rasgo de su carácter. «El recuerdo me aburre y es débil en mí. Todo lo que ha sido me resulta ajeno e incluso enemigo, después de muy poco tiempo» (escrito en 1936). «El pasado para mí es menos que nada, una tara, un defecto de la nada que precede al instante» (escrito en 1944, cuando Valéry tiene setenta y tres años). Valéry veía en ello una cualidad de su carácter o de su temperamento. A mí, que creo que Freud tenía razón alguna vez,

me parece más un producto de su voluntad, como lo de preferir la forma al fondo. Le interesaba sobre todo el hecho de la creación, no lo creado, y, claro está, la novela generalmente le aburría. Sólo confiaba en el poder de su mente, y abominaba de las influencias. Sin embargo, la generación de ideas no es espontánea, y poco importa que las sugiera un libro, un maestro, o la contemplación de una sombra recorriendo la pared. Por lo demás, las ideas generan ideas, afines o contrarias, que en el caso de Valéry, quizás premeditadamente, suelen ser casi siempre contrarias. Le fascinaba, ¡cómo no!, el movimiento, lo efímero, lo perecedero, lo imperfecto, lo inacabado, en una palabra, el hombre. Y su método de componer era, o pretendía ser, más pictórico y musical que poético. Prefería el nombre de versificador, más exacto y concreto a su juicio, que el de poeta, que decía no saber qué significaba. «Los tres mejores ejercicios



**Paul Valéry**  
**Cuadernos (1894-1945)**  
Selección e introducción de Andrés Sánchez Robayna  
Traducción de Maryse Privat, Fátima Sainz y Andrés Sánchez Robayna  
Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores  
Barcelona, 2007

—los únicos, quizá, para una inteligencia, son: hacer versos; cultivar las matemáticas; el dibujo». Yo añadiría: estudiar lenguas muertas; aprender a tocar la flauta; leer; no hacer nada. Sobre todo esto último: no hacer nada. Idea arriesgada no hacer nada activamente. Como el ansiado silencio de los místicos. Y ya que sale esta palabra, supongo que no por casualidad, encontramos cierta similitud entre el método de Valéry y el método de los místicos: Cerrar los ojos al mundo, no fiarse de los sentidos, no permitirse ninguna influencia, confiar sólo en su mente, y esperar, en el caso de Valéry de cinco a siete de la mañana, a que llegara la iluminación. Valéry no escribía sus cuadernos pensando en su publicación, sino pensando en utilizarlos como materiales para otras obras, como de hecho hizo en algunas ocasiones, y sobre todo, si hemos de creerle, como simple gimnasia de la mente para mantenerse en forma. Y como gimnasia de la mente recordando y leerlos. Aunque no necesariamente de 5 a 7 de la mañana, claro está.